Domingo XXI del Tiempo Ordinario (27-08-23)

Homilía de Monseñor Carlos Castillo

(Transcripción)

Hermanos y hermanas:

Este Evangelio de Mateo (16,13-20), que lo hemos tratado ya el día del Santo Padre, el 29 de junio, en el camino de Jesús con los discípulos, también tiene una continuación y volvemos sobre el mismo para poder, en estos dos domingos (el de ahora y el próximo), ver todo lo que sucede en nuestro ser cuando, identificando profundamente lo que es nuestra fe y manifestándolo, adquirimos una identidad que nos exige a todos vivir de acuerdo a ella.

En efecto, el Hijo del Hombre era algo así como una promesa que estaba flotando en el ambiente desde que, en un libro de la Biblia, Daniel, se habló en un tiempo de la persecución de que vendría un Hijo de Hombre, entre las nubes a juzgar, y que estaría escondido en el mundo y que se revelaría desde lo escondido. Por eso, todos los hebreos, como creyentes, trataban de identificar quién sería ese Hijo del Hombre. Sabían que estaba presente en su historia, pero no sabían quién era y, por eso, un poco que identificaban a personas con esa imagen de un ser venido de parte de Dios y que, inserto en la historia, alentaba la vida de su pueblo. Por eso es que algunos identifican al Hijo del Hombre con Juan el Bautista, con Elías, Jeremías o uno de los profetas.

La línea fundamental aquí es la de los profetas, porque se pensaba que los profetas se identificaban más con la vida de la gente y representaban mucho más a Dios en esta historia. Ellos eran algo así como los “heraldos” de la Palabra de Dios que acompaña a ese pueblo.

Sin embargo, Jesús quiere que sus discípulos, con los cuales ha caminado largo tiempo, puedan expresar lo que ellos sienten y viven. Por eso, Simón, todavía como un discípulo no denominado Pedro, expresa con hondura lo que es el Señor. Por una parte, dice que **Jesús es el Mesías** (porque una de las cualidades del Hijo del Hombre es que era

ungido y, por lo tanto, participaba de la realeza, de la tradición davídica de Israel); y, por otra parte, dice que Jesús es **“el Hijo del Dios viviente”**. Y eso es muy importante, entonces, porque Simón une dos tradiciones de la vida de Israel:

1) La tradición ancestral, especialmente, en los momentos de persecución, que establece que Dios salvaría a su pueblo por medio del Hijo del Hombre.

2) Simultáneamente, una tradición mucho más nueva, inspirada, que viene directamente de parte de Dios en la vida de Simón, que es decir que Jesús es el Hijo del Dios viviente, que significa el Hijo, viniendo de Dios, nos hace a todos hijos y, por lo tanto, nos hace hermanos entre todos. Se trata de una tradición universal para todos, de tal manera que la grandeza de lo que está diciendo Simón, es reconocida por Jesús. Simón se ha inspirado, movido por el Espíritu Santo, ha obedecido al Espíritu para decir lo que debe decir según Dios.

Y, por eso es que Jesús lo felicita, le dice: *“Bienaventurado, Feliz, Tú, Simón, hijo de Jonás”* (hijo de Jonás significa “persona humana de bien”, hijo de una buena persona que, como todos nosotros, hemos nacido). *“Tú, como humano, esto no te lo ha revelado la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos”*, le dice el Señor.

Esto es muy importante, hermanos, porque la fe no es tanto un creer porque nosotros nos esforzamos, sino un aceptar que Dios nos inspira y nos mueve y, por lo tanto, nos mueve a vivir nuestra vocación, nuestra misión, nuestra vida y a decir lo que Él nos sopla. El Señor nos sopla permanentemente, nos suscita su Espíritu para actuar de acuerdo con Él. Y la fe es, sobre todo, una obediencia al Espíritu Santo que nos guía.

Y aquí, Simón, se ha dejado llevar por la inspiración del Espíritu, cosa muy importante porque, a veces, en la Iglesia, en la fe, nosotros nos esforzamos mucho por ser los mejores, ser muy santos; pero, a veces, este esfuerzo no es de acuerdo a la suscitación del Espíritu, sino a nuestra manera de pensar que muchas veces tiene intereses escondidos.

¿Qué sería un bombero que no actúa por inspiración? ¿Qué sería un bombero que actúa sin sensibilidad profunda por la gente? ¿Qué sería un

hombre de Cáritas que no practica la caridad, sino por obligación y no sabe atender los hechos y las dificultades de nuestra población, sin sensibilidad, sin inspiración? En otras palabras ¿Qué sería de nosotros si hacemos las cosas no por vocación, sino simplemente por función? Lo que sucedería, entonces, es que hacemos una relación burocrática con la vida, con el Señor, con el servicio, con nuestra tarea en esta historia.

Y uno de los grandes problemas que tenemos en el mundo es que no actuamos por vocación ni inspiración. Muchos lo hacen, pero hemos funcionalizado tanto todo, todo es operativo, funcional, calculado, fingido, al punto que, finalmente, las cosas no brotan del corazón, en donde está la fuente inagotable del amor de Dios.

Por eso, la liturgia de hoy nos viene bien a todos porque, quienes actuamos y están actuando por vocación, son misioneros de la ayuda de la gente. Hace un ratito, el capitán en retiro Enrique Nolte del Cuerpo General de Bomberos Voluntarios del Perú, nos entregó un libro que yo se lo he dado otra vez para que en el momento de la ofrenda no entregue, con todas las historias de los bomberos que han dado su vida. ¡Y la lista de mártires es enorme! Son héroes que han muerto por la gente, por nosotros. Y ellos, sin duda, no son unos burócratas, son misioneros de la ayuda de la gente por vocación.

Y esa dimensión, el Señor la resalta en Pedro hoy día también, porque es lo que Pedro debería siempre haber hecho. Por eso, el Señor le cambia el nombre de Simón a Pedro: *"De ahora en adelante, Tú eres Pedro (piedra), y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia"*. Toda la Iglesia se fundamenta en el Pedro inspirado, el que obedece al Señor, el que no construye su manera de ser Papa, sino que se deja ser Papa por obra del Espíritu.

Por eso, también, al Papa, ¿quién lo elige? Lo elige el Espíritu Santo en un cónclave. Y, por lo tanto, el Papa no es a la medida de algunos, sino es el Papa para todos, y nosotros aceptamos al Papa que el Espíritu Santo nos da. Esto también ocurre con los sacerdotes y los obispos … Venimos de una misión que nos ha dado el Señor y no es por nosotros mismos, ni porque nosotros somos la divina pomada, ni hablamos bonito o feo, sino porque tenemos esa misión y la llevamos en vasos de barro como un don gratuito que acogemos y hemos de vivirlo fielmente..

Por eso, esta necesidad de que, siendo de barro todos, nos inspire el Señor como una gracia y nos conduzca por la vida actuando según esa gracia que, muchas veces, termina en desgracia (como pasó con Jesús). El mismo Señor, que está ungido por el Espíritu porque es el Hijo de Dios, termina en la desgracia, en la Cruz, pero que es una gracia porque es un acto de amor, de servicio, de comprensión con la humanidad, de aguantar por el amor de la misericordia de Dios y no porque está clavado con la fuerza de los clavos. Si Jesús se bajaba de la Cruz para vengarse de sus enemigos, no nos hubiera mostrado el rostro amoroso, indefectible, irreversible, gratuito de Dios, por el contrario, conoceríamos a un dios que combina el amor con el odio. Pero en Dios no hay odio, en Dios solo hay amor.

Y esta es la gran revelación, entonces, que Pedro nos muestra, reconociendo que Jesús es transparencia de Dios mismo. Y todos estamos llamados a ser anunciadores y transparencia de Dios mismo en nuestros actos, en nuestras vidas, estar dispuestos a dar la vida para ayudar a los demás.

En ese sentido, el ejemplo lindo de Cáritas Lima, los bomberos voluntarios y los misioneros “identes” del Instituto Id de Cristo Redentor, nos viene muy bien para comprender el sentido de nuestra misión y vocación.

Ustedes no comprenden mucho la palabra “identes”, porque en castellano nuestro dice: “Vayan y anuncien el Evangelio”, pero los españoles dicen: “Id y anunciad el Evangelio”, y de ahí viene “idente”. Yo siempre les digo, en peruano, ustedes son los “vayantes”, no los “identes”. Y hoy vamos a celebrar los 100 años de los “misioneros vayantes”, porque así se dice en castellano peruano.

Estos misioneros que van por el mundo han crecido enormemente. Recuerdo hace muchos años cuando llegó Pilar Bandrés con su grupo. Queremos agradecerles por su testimonio entre los laicos, porque ellos estaban entre los primeros grupos que nos reunimos aquí en el Palacio Arzobispal, que era el lugar de encuentro de todas las pastorales y que, por si acaso, les aviso, en adelante, se va a quitar otra vez el carácter de museo (que solo fue por una etapa corta de 10 años), pero que, en realidad, es el Palacio de gobierno de la Arquidiócesis de Lima, donde

todos los grupos van a venir a trabajar y a estudiar, a trabajar juntos para poder dirigir la diócesis. Es el Palacio de la pastoral de nuestra Arquidiócesis para cumplir nuestra misión que nos encarga el Señor; no es un palacio de adorno, es un Palacio de gobierno al servicio del Señor.

Por eso, nosotros, hoy día estamos contentos, porque también tenemos la compañía de dos de nuestros sacerdotes peruanos: el Padre Emerson, que viene de Chachapoyas, formado en la diócesis de Abancay; y luego, aquí en el Perú, mi querido y recordado amigo Arturo Alcos, que viene de la Jornada Mundial de la Juventud y nos trae como testimonio su camino, que luego vamos a integrarnos el próximo domingo en la Jornada Arquidiocesana de la Juventud (JAJ), celebrada en Lima en el Colegio Claretiano.

Hermanos y hermanas: la misión, la vocación, sostiene nuestra fe y nos invita a todos a actuar de acuerdo con el Espíritu Santo. Todos tenemos que preguntarnos: ¿Quién digo que es Jesús? ¿Cómo lo siento y lo vivo? ¿Qué inspiración me da para realizar la vocación que me ha dado a mí? Nuestro Dios nos ama a cada uno en particular y a todos en conjunto. Y cada uno, en particular, debe discernir, pensar y reflexionar: ¿cuál es mi vocación para los demás? Y esa vocación se realiza de acuerdo con lo que el Señor quiere y me dispongo a dejarme llevar.

Si todos nos dejamos llevar por el Espíritu Santo, vamos a camino seguro. El problema más grande que tenemos actualmente es que vemos lo que nos interesa inmediatamente y no vemos lejos, no vemos cómo mira el Señor y, entonces, no vamos a donde hay que ir.

Los chicos de todas las parroquias han inventado un lema para esta jornada juvenil que dice: **“Joven, con la mirada de Dios a María, levántate a servir con alegría”**. Es que María no solamente se levanta por ella, se levanta porque Dios la mira, y la mirada la inspira. Y como dice alguno de mis seminaristas aquí presentes: “le dio una especie de deseo, de antojo”, le dio antojo de ir a servir a Isabel, porque la miró Dios y, entonces, el Señor suscitó ese antojo distinto.

La mujer siente hondamente, y así tiene que sentir el cristiano los antojos de Dios en nosotros. Por eso, hoy día, agradecemos a todos los que, con

su vocación, nos enseñan a ir por el camino que Dios quiere y en diferentes vocaciones.

Y no solamente necesitamos sacerdotes, obispos, diáconos y seminaristas, necesitamos millones de evangelizadores en cada circunstancia y problema de la vida para dar consuelo y ánimo a nuestro país, a nuestra sociedad, a nuestro mundo tan difícil. Y la vocación entregada por cada uno, nos reunirá y nos hará más hermanos, porque todos valoraremos nuestra vida, valoraremos la del Otro, apreciaremos y reconoceremos lo importante que son y, entonces, nos comunicaremos como hermanos, nos complementaremos. Solamente quien tiene y acoge con alegría su vocación, sabe la grandeza de la inspiración para vivir y sabe, entonces, que vale la pena hasta morir si es necesario realizarla.

Que Dios los bendiga y que todos podamos seguir ese camino que comenzó Pedro. Sabemos que la otra semana Pedro hace también sus pininos en tentaciones… ya lo conversaremos la próxima semana. Nos ponemos de pie y oramos juntos la oración de nuestra fe.